

Como consecuencia de la poligamia oriental tenemos, en el seno de la familia, la preponderancia de la madre, y cuando se trata de soberanos, la mayor importancia de la sultana *Validé*. En el caso de Salomón, la preferencia que por él demostraba David se debió, en gran parte, al amor dominante que siempre sintió por Betsabé. No fue causa de semejante amor solamente la belleza de esta mujer, conquistada, según algunos dicen, por un adulterio, sino también la superioridad de su ingenio. Esta mujer extraordinaria ocupó realmente en la nueva monarquía un lugar preeminente. Su hijo quiso ser coronado por su mano. Cuando ella entraba, levantábase el rey, se dirigía hacia ella, e inclinándose, mandaba colocarse, a su derecha, un trono igual al suyo. Casada en primeras nupcias, según ciertas tradiciones, con un hittita, y quizá sin sangre israelita apenas, Betsabé no debió de inspirar a su hijo mucho entusiasmo por el culto de Jehová.

Salomón, al igual que muchos monarcas asiáticos, empezó su reinado haciendo desaparecer a quienes podían molestarle algo, costumbre que en Oriente apenas merece censura. Adoniah era poco peligroso. Estaba prendadísimo de Abisag, la joven sunamita que había dado calor a la vejez de su padre. Según las ideas de la época, Abisag tenía que pertenecer al sucesor de David, y la joven había pasado, con el harén de éste, a manos de Salomón. Era la joya del serrallo, y Adoniah, que la había visto cuidar al anciano David, había contado con ella. Se consolaba de haber perdido la realeza, pero no de haber perdido a Abisag. Un día fue al encuentro de Betsabé, que, como mujer, podía comprenderle mejor, y le dijo que ya que no disfrutaba del trono que debería pertenecerle, le rogaba que le pidiera a Salomón (que nada solía negar a su madre) que le cediese a él Abisag la Sunamita. Así lo hizo Betsabé, pero Salomón se encolerizó y mandó al jefe de los *Kreti-Pleti* que matara a Adoniah. Quizá Salomón amase a Abisag, y tal vez buscara un pretexto para deshacerse de su rival.

Abiatar, el sacerdote, que había formado parte del partido de Adoniah, era odioso para Salomón. Éste, sin embargo, no se atrevió a condenarlo a muerte por su condición sagrada, pero lo expulsó de Jerusalén, le privó del sacerdocio y lo desterró a Anatot, al Norte de la capital.

Joab, cuando conoció la muerte de Adoniah y la caída de Abiatar, comprendió la suerte que le esperaba. Salomón, para mandarlo matar, no necesitaba de la recomendación de su padre moribundo. La participación de Joab en la tentativa de Adoniah hubiera sido suficiente. Joab se refugió en la tienda sagrada y cogió las acroteras del altar. Salomón mandó a Benaiah que fuera a matarle, pero éste vaciló, porque violar la hospitalidad de Jehová le parecía un crimen horrible. Salomón le repitió la orden, con el razonamiento casuístico de que «matando a Joab no se cometía un asesinato, pues era Jehová el que hacía caer sobre Joab la sangre de Abner y de Amara, que valían más que él y a quienes había dado muerte, sin que lo supiera David». Su muerte libraba a la casa de

David de una sangre que habría pesado sobre ella. Calmado Benaiah, con tales argumentos, mató a Joab. El anciano guerrero fue enterrado en una propiedad suya, cerca de Belén, y Benaiah heredó su empleo militar.

Salomón introdujo a Semei en Jerusalén y le prometió respetar su vida. Más adelante se demostró a sí mismo que sería una buena acción matarlo, que Jehová lo ordenaba, que la casa de David obtendría por ello mil bendiciones, y que con una acción tan buena afirmaría su trono. Se encargó a Benaiah también la realización de este asunto y así desapareció el último superviviente de la raza de Saúl. Una espantosa mezcla de razón de Estado y de sofística sagrada autorizaba estas atrocidades.

Salomón, totalmente afianzado en el trono, organizó su gobierno, conservó en muchas funciones a los ministros de David o las dio a los hijos de éstos, y dividió el país en doce distritos, que nada tenían que ver con la antigua divisón por tribus. Cada distrito costeaba los gastos de un mes. La mesa real consumía diariamente treinta kilos de harina fina, sesenta de harina ordinaria, diez bueyes gordos, veinte bueyes ordinarios y cien carneros, sin contar aves y caza.

Junto a estas prestaciones especiales, había impuestos directos y de aduana sobre traficantes y tránsito de caravanas, sin hablar de los tributos pagados por los reyes vasallos. Todos estos puntos se conocen a través de noticias oscuras, de hipérboles que delatan la ignorancia de cronistas poco inteligentes, para quienes era cosa desconocida lo administrativo. Tampoco tenemos documentos originales sobre la historia de Salomón. Una parte del relato está impregnada de un sentimiento malévolo, que denota la intención de presentar a Salomón, ya como un tirano maquiavélico, ya como un rey ávido y pródigo que exprimía al pueblo para sostener su harén monstruoso y una mesa de Gargantúa. Si fuera cierta la historia contada en el primer Libro de los Reyes, el gobierno de Salomón habría sido uno de los más ásperos y tiránicos del mundo. Las personas desconocedoras de la administración (y nuestro historiador lo era seguramente) nada entienden de impuestos, hacienda y cargas de un Estado. Los gastos más justificados les parecen caprichos de déspota. El historiador de Salomón de quien hablamos describe detenidamente detalles pueriles, y al mismo tiempo menciona en dos frases, y como de pasada, gastos perfectamente serios, construcción de ciudades, almace-
nes, arsenales, remontas y organización de ciertas ramas del comercio.

En toda la literatura del reino del Norte se intuye una opinión adversa a Salomón. En Judá mismo, los jehovahistas de la antigua escuela le eran hostiles. Pero superan a estas justas recriminaciones las voces favorables que atribuyen a aquel reinado un acrecentamiento enorme de la población, de la riqueza pública y del bienestar general. Jerusalén poseía oro y plata en una abundancia como no había habido hasta entonces.

Las poblaciones cananeas, diferentes aún de las israelitas, fueron las que más sufrieron con este régimen de trabajos forzados y de fisco. David, con mucha razón, se había dedicado a reunir en su reino estos antiguos restos indígenas. A Salomón le impelieron las exigencias del

Tesoro a una política completamente contraria. Para hacer más llevadera la carga a los israelitas, convirtió en siervos a los hittitas y cananeos que quedaban. Estos desventurados se vieron sujetos a levas periódicas para los trabajos. Los gabaonitas pasaron a ser siervos del templo. El ejército que en tiempo de David contó con oficiales hittitas, quedó compuesto exclusivamente de israelitas. Las poblaciones cananeas desaparecen de la Historia. Cuando llegó la ortodoxia, ya no toleró Israel en su seno a esclavos incircuncisos. La raza inferior se vio arrastrada por la corriente de la raza más fuerte. Representó en la historia de Israel el papel de democracia de oposición y se vio mezclada de una manera latente en cualquiera de sus agitaciones.

Según la leyenda, Salomón soñó en Gabaón y vio a Jehová que le daba a elegir entre los dones más apreciados: entonces pidió la *hokma*, palabra que se suele traducir por «sabiduría». Pero la *hokma* de que se trata es la habilidad política, el arte de gobernar, según las ideas de Oriente. Gracias a ella supo encontrar Salomón un pretexto para matar a Joab y faltar al juramento hecho a Semei. Para demostrar Salomón esta clase de habilidades no necesitaba un singular favor divino. Las instrucciones que le dio su padre al morir eran el ideal de lo mismo que se supone le reveló Jehová. Hay que diferenciar ahora el carácter real de Salomón de la manera de interpretarlo el historiador. Las instrucciones de David reducidas a máximas generales y comentadas por la manera de ejecutarlas Salomón, son el código del absolutismo teocrático más espantoso. El modo de explicar los asesinatos de Adoniah, Joab y Semei, supone que lo bueno sólo es lo que tiene buen éxito. La causa amada por Jehová es la causa justa. El derecho abstracto no existe: no hay víctimas en el mundo; el que muere es porque ha matado. Semei, que se equivocó de partido y no se portó bien con el elegido de Jehová, es un culpable.

Todo esto estaba motivado por el principio de que el crimen, necesariamente, es castigado en el mundo. Cuando se sigue tal creencia, hay que suponer que se sirve a Dios empujando a su pérdida al criminal. Toda severidad regia resulta de este modo la ejecución de una voluntad divina y merece recompensa de Dios. Se ve en esto cómo las pesadillas sombrías de la política han perturbado el cerebro humano mucho antes de Felipe II.

Algo descollaba entre este caos de sofismas. Ideas que nos parecen hoy atrasadas pudieron constituir en otros tiempos un progreso sobre lo pasado. Las antiguas lenguas semíticas implicaban un sentimiento de justicia mal analizada, un principio de moralidad tosca, pero robusta. El crimen se consideraba como un acto contra la naturaleza, que fatalmente llevaba consigo el castigo. Poco a poco se llegaba a contar con las adivinaciones intuitivas. El arte de administrar justicia, de encontrar pronta y seguramente al verdadero culpable pasaba por un don divino, por una parte de la sabiduría que procede de Dios. La leyenda dice que Salomón sobresalió en esto, y quizá no se equivoca. A los gobiernos muy egoístas les gusta mostrarse justos, cuando su interés no

está en peligro. La inteligencia que sirve para lograr un cálculo político puede servir también para hallar astutamente el nudo de un proceso complicado.